

á los cuerpos, según Descartes, como substancias moleculares esencialmente extendidas, separables y divisibles hasta lo infinito; ya, según Leibnitz, como unidades indivisibles, sin extensión, enteramente simples, ó verdaderos espíritus; que en este caso los cuerpos no son otra cosa que grupos de espíritus adornados de propiedades más ó menos superiores y reunidas conforme á las leyes armónicas, en virtud de las cuales, uno de ellos sirve de centro, ordenándose alrededor de él todos los demás; ora en fin, se los considere, según Berkeley, como espíritus elementarios, sin multiplicidad alguna, pues en esta hipótesis la diversidad de los cuerpos consiste en puras modalidades, ó vestimentos que los cubren, que son como cierta aureola que el ser infinito depara á tales cuerpos: jamás, jamás repugnan al modo de constituirse el adorable Misterio de la Eucaristía.

Porque á la verdad: ¿cómo le han de hacer oposición, si ni estos, ni otros sistemas filosóficos racionalmente basados pueden con justicia contradecir ninguna verdad teológica? Lo verdadero no puede estar en abierta contradicción con lo verdadero. Siendo la filosofía y la teología verdaderas, no pueden oponerse. Y esto sin duda es una verdad infalible, porque ambas ciencias, la razón y la revelación proceden de un mismo Autor, que es Dios; por eso decía felizmente Leibnitz, (1) que, «como la razón es un don de Dios, no menos que la fe, el combate que entre las dos se levantara pondría á Dios en pugna consigo mismo; y si fuesen insolubles las objeciones que presentara la razón contra algún artículo de fe, sería preciso afirmar que el pretendido artículo sería falso y no revelado: sería más bien una ficción del espíritu humano». Esto jamás podrá darse, porque Dios no puede absolutamente enseñar dos verdades contradictorias.

Mas hay aquí una circunstancia digna de notarse y que resuelve todos los argumentos que se presentan contra la admisión á ciegas de todos los dogmas revelados.

(1) Teodicea, discurso I, n.º 39.

Desde el mismo momento en que la Filosofía se reconoce á sí propia, admite la superioridad de la revelación, porque aquella encuentra término en la razón misma, mientras que ésta lo tiene en Dios; de suerte que si ambas obtienen su principio en Dios, mas no, empero, su término; la razón se queda entre las cosas finitas; la revelación pasa por encima de éstas y se remonta al Ser infinito de quien recibe la noticia de aquellas verdades que, necesitando nosotros conocer, de ninguna manera las puede suministrar la razón y por lo tanto la Filosofía.

De ahí que la Filosofía, ilustrada por la revelación, sea ennoblecida, conociendo al propio tiempo, por esta causa, verdades que nunca habría podido por sí sola llegar á percibir; ella con su recto criterio, enriquecido por la revelación, conoce lo que es conforme y lo que es superior á sí, siendo nuestro Misterio Eucarístico no sólo conforme, sino superior, pero jamás contrario.

De conformidad con estas rectas ideas, notamos que por los tres expresados sistemas, particularmente por los dos últimos, se explica, de un modo humano, la presencia de Cristo en todas las especies sacramentales (1). Nosotros empero expondremos otra teoría más sencilla aun que las demás y que el sabio Le-Noir (2) atribuye á Cailly, por más que, según el mismo añade, se remonta al siglo XIII, en el que algunos famosos escolásticos, como Durando, Alejandro de Alés y S. Buenaventura, la sostuvieron. Hela aquí. La sola condición, dice, que es necesaria y suficiente para hacer á un individuo hombre, es la unión hipóstática de una porción cualquiera de materia á un alma humana; de suerte que esta porción de materia, cualquiera que sea su disposición y su forma, viene á constituir el verdadero cuerpo del individuo desde el momento mismo en que es asumida por el alma; esto es lo que hacía afirmar á los teólogos y á los concilios antiguos que el alma es la forma del cuerpo. Supuesto esto,

(1) Puede verse á Le-Noir quien aplica estos tres sistemas al Sacramento Eucarístico. Diction de theolog. Eucharist.

(2) Id.

¿qué es necesario para que el pan en la Eucaristía sea cambiado en el Cuerpo de Cristo? basta que el alma y la divinidad de Jesucristo se unan hipostáticamente á la substancia del pan, mejor dicho, al pan que ya no es tal pan, desde el momento de la conversión, resultando en este caso una verdadera transubstanciación y una verdadera presencia del Cuerpo de Cristo en todas las materias consagradas; una verdadera transubstanciación, pues lo que deja de ser pan, pasa á ser Cuerpo de Cristo por la unión referida, y es asimismo, verdadera multilocación del propio Cuerpo del Salvador, porque tomando Éste, mediante la expresada unión, todas las materias consagradas, queda presente realmente en todas ellas. He aquí un medio facilísimo que aclara el punto presente, para los incrédulos imposible, y para muchos creyentes obscuro; y que jamás, como dice el ilustre Le-Noir, ha sido condenado por la Iglesia.

Dijimos que algunos escolásticos sustentaban en principio este último sistema. Entre ellos, el doctor Seráfico (1) inserta una proposición para demostrar que Jesucristo está en la Eucaristía por modo sacramental, no propiamente *definitive*, y que como tal se halla á un mismo tiempo en muchos lugares. Para el efecto, inicia las palabras del Papa Inocencio, (2) que así suenan: «Á la manera que el Hijo de Dios, según la Divinidad, tiene tres modos de ser ó estar: en todos *por esencia*, en los justos *por gracia*, en Cristo *por unión*; así el Cuerpo de Cristo reside en el cielo *localmente*, en el Verbo *personalmente*, y sacramentalmente en el altar». Con este tercer modo, dice, que se halla Jesucristo en muchos lugares, porque son muchas las especies que lo contienen, las cuales en el momento mismo que se consagran se convierten todas en el Cuerpo del Salvador; de donde resulta que el Salvador se halle presente real y verdaderamente en todas ellas. Y aunque se consagre á la vez, en millares de lugares, como Jesucristo las atrae á sí y se

(1) Sen. lib. IV. dist. X p. I, art. unicus. q. III.

(2) Lib. IV, de Sacro altar. Myster.

une á las mismas por el modo mencionado, de ahí que todas se conviertan en el solo Cuerpo de Jesucristo.

Por manera que, como advierte sutilmente S. Buenaventura, (1) hablando con propiedad, Jesucristo se halla sólo en el cielo, como en único y propio lugar por el cual es definido así como individuo; mas también está como individuo en las Especies sacramentales, aunque no está definido por las mismas, porque como muchas especies se convierten en Él, no tiene término limitado de substancia á un lugar, sino que se extiende al todo y solo lugar de la conversión. Y añade: «porque los lugares de conversión no pueden ser todos, ni uno sólo, antes bien, muchos, por eso no reside en el Sacramento *inmensamente* como Dios, ni del todo *definitive*, así como algún individuo, sino por modo *medio*, á la manera que Dios se halla en muchos por gracia.

Añade, que si se le pide la razón por qué el Cuerpo de Cristo está en muchos lugares, contesta que porque muchas substancias se convierten en todo Jesucristo y éstas son consagradas en muchos lugares; mas si se le vuelve á interrogar: ¿por qué muchas substancias? responde: porque el Señor lo instituyó de este modo. Y si finalmente se busca la razón de la institución, añade, que como la comida que se da en la Eucaristía es espiritual y común, fué ordenada para ser recibida por muchos (2).

Supuestas estas evidencias filosóficas que corroboran y enaltecen el Misterio Eucarístico, y ante las que ningún incrédulo, por más que alardee de presumido, dejará de humillarse, acatando, si no una Verdad estupenda, al menos la claridad poderosa de la sana razón que no se rebela contra ella sino que la reverencia, pasaremos á insertar otra clase de pruebas, no tan fuertes como las anteriores, pero á las que han apelado los Santos Padres y doctores católicos para sensibilizar por decirlo así el modo de verificarse la multilocación mencionada.

En efecto: el alma humana, ese espíritu simple é inmortal,

(1) Loc. cit.

(2) Loc. cit.

siendo uno, se halla en todas y cada una de las partes de nuestro cuerpo; lo mismo le sentimos en la cabeza, que en los pies y manos; y á la manera que este espíritu se extiende poco menos de dos metros en un adulto de gallarda estatura, podría empero extenderse no sólo á diez y ciento sino á mil y más metros, dado caso que pudiera haber un hombre que los midiera (1): así Jesucristo, siendo uno solo, se extiende á toda la Especie eucarística consagrada, subsistiendo en todas y cada una de sus partes.

El pensamiento del orador es otro magnífico símil que aclara el dogma de la multilocación del Cuerpo de Cristo; porque á la manera que el pensamiento parte de la boca del que lo emite y se reparte en número igual al de los oyentes, sin que pierda por esto nada de su entereza, puesto que subsiste tan cabal en el entendimiento del orador como antes de publicarlo: así Jesús, dice el Angélico, existe entero en cada Hostia, completo en cada fracción de la Hostia, se comunica á todos los hombres sin que se disminuya por mucho que se comunique, sin que se divida, por mucho que se fraccione. ¿Queremos otra semejanza todavía más sensible? Pongámonos delante de un espejo y se representará desde luego en él nuestra imagen; hagámoslo luego pequeños trozos y contemplaremos á la misma imagen que se halla con perfección en cada una de esas fracciones, sin disminución ni pérdida de ninguna de las circunstancias que antes la acompañaban.

Y si todo esto lo experimentamos diariamente, ¿por qué nos asombra que Jesucristo esté presente todo entero en todas y cada una de las Especies sacramentales? Seamos consecuentes con nosotros mismos; y si aplaudimos las maravillas de la naturaleza, adoremos con humildad profunda los arcanos sobrenaturales, apoyados en la autoridad de un Dios que no puede engañarse ni engañarnos.

(1) Le-Noir. lug. cit.

CAPÍTULO XXIV

Cuestiones teológicas relativas al modo de hallarse Jesucristo en la Eucaristía

SUMARIO

- Artículo I.—Jesucristo en la Eucaristía puede practicar acciones espirituales.*
Artículo II.—El Cuerpo de Cristo en la Eucaristía no puede ser alterado por ninguna causa exterior.
Artículo III.—Jesucristo en la Eucaristía no puede ser movido por sí mismo, ni por ninguna criatura.
Artículo IV.—Ninguna inteligencia viadora, ni tampoco el ojo corporal pueden ver naturalmente el Cuerpo de Cristo Sacramentado.
Artículo V.—Sobre las apariciones de Jesucristo en la Hostia consagrada.

Artículo I.—Jesucristo en la Eucaristía puede practicar acciones espirituales

Puede Nuestro Señor en la Santa Eucaristía desear, amar, esperar etc. ya que todos los actos espirituales que ejerce en el cielo los practica también por concomitancia en el Sacramento; pero en cuanto á los actos que dependen de los sentidos, como oír, ver, gustar, etc., no puede ejecutarlos naturalmente porque el alma no puede ejercer las sensaciones ya internas, ya externas si no es dependientemente del ministerio de los órganos, los cuales siendo materiales, exi-